

Los santos y su devoción en la Nueva España

*...los santos eran figuras tan esenciales
tan presentes y tan familiares
en la vida religiosa, cotidiana, que con
ellos se enlazaban todos los impulsos
religiosos, más superficiales y sensibles.*

J. Huizinga.¹

El culto a los santos en el México colonial alcanzó enorme importancia. Para convencernos de ello basta recorrer las numerosas iglesias diseminadas por todo lo ancho y largo del país; a cada paso veremos sus efigies en pinturas que representan algún pasaje de su vida, o en imágenes escultóricas, ya solemnes y hieráticas, ya amables o burdas, instaladas en hornacinas o en retablos, con vestidos simulados en la piedra o tallados en la madera y decorados con oro, pero también con telas sobrepuestas. Sus actitudes, generalmente retóricas y convencionales, quizá nos hagan pensar que se trata de seres impersonales, casi inasequibles. Pero al punto caemos en la cuenta de que fueron humanos, se movieron, conversaron, sufrieron y, por qué no, también a veces pecaron. Y precisamente porque pasaron por esta vida y ahora se considera que viven en el cielo, la Iglesia los propone como modelos a seguir y fomenta su devoción por el poder que se les asigna como intercesores ante Dios.

Sobre este punto, conviene no olvidar que desde los primeros siglos los cristianos se encomendaron a los santos sabiendo que eran sus intercesores; también, que en la Edad Media se produjo una espléndida eclosión en el culto a éstos. Sin embargo, fue hasta el Concilio de Trento cuando se confirmó la conveniencia y necesidad de las imágenes y la Iglesia aceptó exponer a los ojos de los fieles los saludables ejemplos de los santos, reconociendo los milagros que Dios había obrado por ellos. Fue entonces cuando se expresó claramente la doctrina respecto a su intercesión y se concluyó que si los santos pueden interceder, nosotros los podemos invocar.

Al conmemorarlos, la Iglesia quiere estimular a los fieles

con el ejemplo de las virtudes que aquéllos practicaron en vida, aceptando cuán benéfica y saludable influencia pueden ejercer en todos y cada uno de los diversos modos de vida y en personas de todas las edades, pues los hay mártires, ermitaños, contemplativos, eclesiásticos, laicos, soldados, cortesanos, campesinos, profesionistas, estudiantes, vírgenes, viudas, etcétera.

Pero no se les propone simplemente como intercesores, así sin más. Se procura destacar de cada santo aquella virtud que mejor lo caracteriza: "la caridad hacia los pobres, su atención a los enfermos, su profundidad de fe o de conocimiento teológico, su entrega misionera, su vivencia mística..."²

Para honrarlos, la Iglesia ha designado a cada uno un día, que, como es conocido, generalmente es el *dies natalis*, que no es otro que el día de su muerte, pues se entiende que es en ese momento cuando nacieron a la vida definitiva.

La llegada de los españoles al Nuevo Mundo significó el entronque de estas tierras a la cultura occidental. Consumada la Conquista se procedió al trasplante gradual pero decisivo de todos los valores característicos de dicha cultura. Fue así que llegaron a estas latitudes Cristo, la Virgen, los ángeles y todos los santos que se habían ido acumulando con el correr de los siglos. Y es que junto con las estructuras sociales y económicas, los métodos científicos y tecnológicos, los sistemas filosóficos, los gustos y modos artísticos, llegaron también las concepciones religiosas y prácticas devocionales propias de España y de la Iglesia de Cristo que se hacía universal.

A este respecto, es preciso recordar que el empleo de imágenes religiosas en el culto católico tenía el respaldo de una larga tradición, misma que aconsejaba aprovechar su eficacia a la hora de comunicar a las masas iletradas los contenidos doctrinales y de mantener a los fieles en la fe. Y aunque en Europa se libraban por esas mismas fechas cerradas batallas ideológicas sobre la conveniencia o no de su uso, en el Nuevo Mundo no tardaron en mostrar su fuerza y validez desde la etapa misma de la evangelización emprendida por las órdenes religiosas.

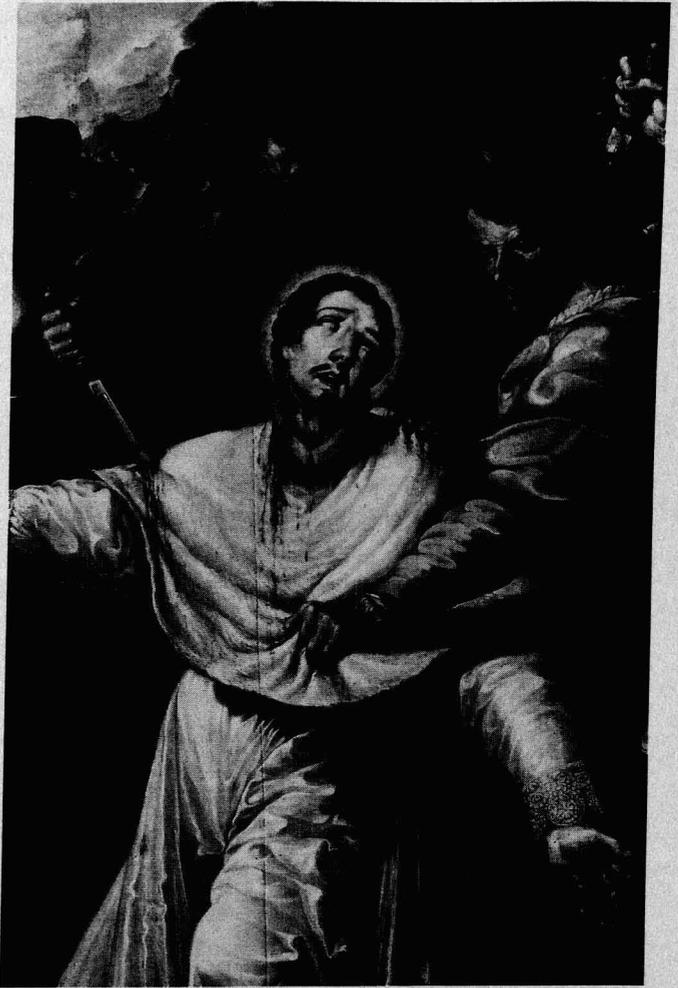
¹ Huizinga, Johan, *El otoño de la Edad Media*, 6a. ed., Madrid, Alianza Editorial, p. 236.

² Aldazábal, José, "Los santos siguen teniendo actualidad", en Pardo, Andrés, et al., *Culto a los santos*, Madrid, Promoción Popular Cristiana, 1983, p. 30.

La necesidad de imágenes fue creciendo conforme se iban consolidando las nuevas comunidades hispanoamericanas, ya para reforzar las verdades aprendidas y exaltar las virtudes cristianas entre los neófitos, ya para mover a devoción y lograr la perseverancia en la fe de los cristianos viejos.

Cuando esto ocurrió, ya se había cubierto la necesidad de dotar a la mayoría de los santos de símbolos o atributos —signos de una escritura consagrada por los siglos— que ayudaran a su mejor identificación. Si bien algunos de éstos habían ido cambiando en el correr del tiempo, podemos convenir en que para el siglo XVI, ya se habían fijado casi todos. Esto es importante, porque fue gracias a ellos que los particulares, las cofradías, las distintas corporaciones y la sociedad novohispana en su conjunto, aprendieron a reconocer a los santos de su devoción, así como a sus patronos y protectores; se acostumbraron a relacionar el león, el águila, el toro y el ángel del “tetramorfos” con los evangelistas, el pomo del perfume con la Magdalena, la torre con santa Bárbara, la rueda dentada con santa Catalina de Alejandría, la parrilla con san Lorenzo, las llaves con san Pedro, el cáliz con san Juan Evangelista, el león con san Jerónimo, los estigmas con san Francisco de Asís y santa Catalina de Siena, la granada con san Juan de Dios, el cráneo coronado con san Francisco de Borja, la perdiz en el plato y el manto estrellado con san Nicolás Tolentino, etcétera.

En virtud de que es a partir de la beatificación y mejor aún de la canonización, que la Iglesia permite y favorece la devoción hacia esos hombres que ha elevado a los altares, es importante tener en cuenta las fechas en que fueron declarados beatos o santos cada uno de ellos; dato que es particularmente importante en los casos ocurridos después del siglo XVI; al llegar a México la noticia de algunos de esos felices acontecimientos, aquí se conmemoraron con ruidosas fiestas. Así, por ejemplo, las que animaron a toda la ciudad cuando la beatificación de san Ignacio de Loyola, en 1610, ocasión para la cual se apresuraron los trabajos y pudo inaugurarse la iglesia de la Casa Profesa en la Ciudad de México. O la gran felicidad que produjo en la sociedad novohispana la noticia de que Gregorio XV canonizara, junto al italiano Felipe Neri, a varios santos españoles: Isidro Labrador, el mismo Ignacio de Loyola, Francisco Xavier y la gran reformadora de la Orden de El Carmen, Teresa de Jesús, en el año 1622. O la dicha que se propagó en la ciudad al conocerse la noticia de la beatificación, en 1628, de los mártires en el Japón (23 franciscanos y 3 jesuitas), entre los cuales se encontraba el criollo mexicano Felipe de Jesús, quien por lo mismo fue declarado patrono de la Ciudad de México en enero del año siguiente. También en el año 1628 se tuvo conocimiento de que san Pedro Nolasco, fundador de la Orden de La Merced había sido canonizado. Años más tarde, en 1664, fue beatificado el inquisidor de Aragón, Pedro de Arbués, quien sería canonizado hasta 1867, para cuya honra el Tribunal del Santo Oficio en México encargó una pintura a Baltasar de Echave Rioja. En 1699 fueron elevados a la categoría de santos el reformador franciscano



Baltasar de Echave Rioja. *Martirio del beato Pedro de Arbués*, segundo tercio del siglo XVII, óleo/tela. Museo Nacional de Arte, México, D. F.

Pedro de Alcántara y la carmelita María Magdalena de Pazzi. En 1672 llegó a México la noticia de la canonización de otros santos que habrían de gozar de gran devoción en la Nueva España: san Cayetano, san Luis Beltrán, santa Rosa de Lima —primera flor de santidad cultivada en el Nuevo Mundo— y san Francisco de Borja. En 1690 fueron canonizados los franciscanos Juan de Capistrano y Pascual Bailón, el agustino san Juan de Sahagún y san Juan de Dios, el fundador de la orden hospitalaria que lleva su nombre. La ciudad y las respectivas comunidades mucho festejaron al saber que en 1726 eran canonizados el reformador carmelita san Juan de la Cruz, los jóvenes jesuitas san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kotska, la dominica Inés de Montepulciano y el franciscano san Francisco Solano.³ Lo mismo, cuando dos años después se tuvo noticia de las canonizaciones de san Juan Nepomuceno y santa Margarita de Cortona.

El capítulo de los santos en el México colonial fue muy rico. Por formar parte de la parentela de Cristo, tuvieron gran arraigo en la devoción popular tanto san Joaquín y santa Ana, los padres de la Virgen, como santa Isabel, Zaca-

³ Esto explica, el porqué, si bien los santos jesuitas Luis Gonzaga y Estanislao de Kotska habían sido venerados desde el siglo XVII, la mayoría de las representaciones que conocemos de ellos datan del siglo XVIII.

rías y su hijo san Juan Bautista, primo de Jesús. Caso particular fue el de san José, padre putativo de Cristo, cuya fama y devoción en el mundo hispano mucho debe a santa Teresa. Aquí en México la figura de san José fue importantísima. No sólo se le veneraba como miembro y protector natural de la Sagrada Familia, sino que fue designado, en compañía de otros santos, patrono de la Ciudad de México. A él estuvo dedicada la primera parroquia para la atención de los indígenas (San José de los Naturales), en el convento de San Francisco de la Ciudad de México.⁴

Los apóstoles, como parte del grupo de hombres escogidos por Jesús, gozaron también de amplia devoción. Ciertamente que tratados en forma independiente hubo algunos más venerados que otros, por ejemplo san Pedro, san Juan y Santiago el Mayor —aquí montado a caballo y transformado en Santiago “Mataindios”—, pero como grupo, los doce fueron frecuentemente incluidos tanto en portadas, como en torres o retablos. Otro santo enormemente popular fue san Pablo, pero curiosamente no en forma aislada, sino siempre haciendo juego con san Pedro. Asombra el alto porcentaje de ocasiones en que ambos aparecen flanqueando las puertas de templos, parroquias o catedrales.

Aunque pocos, hay casos de santos que fueron impulsados por apoyo “oficial”. Esto es lo que ocurrió con san Diego de Alcalá, quien fuera designado santo de la familia real después de haber obrado la curación milagrosa del príncipe Carlos, hijo de Felipe II. El monarca, no sólo había presionado al pontífice Sixto V hasta conseguir su canonización, en 1588; también lo impuso como titular del convento que los franciscanos descalzos habían fundado en México, mismo que, por ser el más importante, terminó dando el nombre a toda la provincia de los “dieguinos”.

Por otra parte, era lógico esperar que las distintas órdenes religiosas establecidas en México se dieran a la tarea de exaltar a sus respectivos santos fundadores. Así, además de los numerosos templos, altares e imágenes en retablos con que se les honró, tenemos que, por lo que toca a los franciscanos, el claustro del convento grande en la Ciudad de México fue decorado, a mediados del siglo XVII, con una serie de lienzos con la vida de san Francisco de Asís, realizada por uno de “los Echave”, importante familia de pintores novohispanos.⁵ Otro tanto hicieron los jesuitas al encargar al célebre Cristóbal de Villalpando en 1710, una serie de 22 lienzos con la vida de san Ignacio de Loyola, para decorar uno de los claustros del seminario que tenían en Tepotzotlán, actual Estado de México.⁶ Por su parte, los padres de la Congregación del Oratorio mandaron hacer una serie con pasajes de la vida de san Felipe Neri al pintor Antonio de



Anónimo. *San Juan Nepomuceno*, mediados del siglo XVIII, óleo/tela. Colección particular.

Torres.⁷ Otras series similares, con la vida de san Francisco de Asís y la de san Antonio de Padua, hizo Juan Rodríguez Juárez para los franciscanos de la ciudad de Querétaro.⁸ Dos series más, con la vida de san Ignacio, fueron ejecutadas por el célebre Miguel Cabrera a mediados del siglo XVIII; una de 33 lienzos para la Casa Profesa de la Ciudad de México y otra para el claustro del colegio que tenía la Compañía de Jesús en la ciudad de Querétaro.⁹ El mismo Cabrera ejecutó otra serie con la vida de santo Domingo para los dominicos de la capital novohispana.¹⁰

Es obvio que cada orden se preocupó por exaltar a sus miembros más destacados. Así, los franciscanos promocionaron a san Antonio de Padua, a san Buenaventura, a san Bernardino de Siena, a santa Clara y a santa Rosa de Viterbo; también a los terciarios san Luis, san Fernando y santa

⁴ Junto de ella fray Pedro de Gante estableció lo que ha dado en llamarse el primer taller de artes y oficios, en el que fueron instruidos muchos indígenas en diversas artes y disciplinas

⁵ Vetancurt, fray Agustín de, *Teatro mexicano*, México, Porrúa, 1971; 4ª parte, tratado segundo, cap. III, p. 33.

⁶ Maza, Francisco de la, *El pintor Cristóbal de Villalpando*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1964, p. 227

⁷ Carrillo y Gariel, Abelardo, *Técnica de la pintura de Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1946, p. 140.

⁸ Noticia consignada por Juan Francisco Sahagún de Arévalo en la *Gazeta de México*, Núm. 1, correspondiente al mes de enero de 1728.

⁹ Carrillo y Gariel, Abelardo, *El pintor Miguel Cabrera*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1966, pp. 32 y 34.

¹⁰ Couto, José Bernardo, *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947, p. 93.

Isabel de Hungría, entre otros muchos. Los dominicos hicieron lo propio con santo Tomás de Aquino, san Vicente Ferrer, san Luis Beltrán, santa Catalina de Siena y santa Rosa de Lima, entre otros. Los agustinos enaltecieron, principalmente, a san Nicolás de Tolentino, a santo Tomás de Villanueva y a san Juan Sahagún; los carmelitas, naturalmente, a santa Teresa, a san Juan de la Cruz, a santa María Magdalena de Pazzi y varios más. Los jesuitas, a san Francisco Xavier, a san Francisco de Borja, a san Luis Gonzaga y a san Estanislao de Kotska.

Por su parte, también las cofradías gremiales jugaron un importante papel en la conmemoración de los santos. Esas asociaciones civiles, compuestas por artesanos de un mismo oficio, tenían entre sus fines fomentar el culto religioso honrando a sus santos patronos, habida cuenta de que los cofrades estaban obligados a participar en las festividades y ceremonias aceptadas por la práctica y sancionadas por la costumbre.

Cada cofradía tenía uno o varios patronos que lo eran también del gremio. Un ejemplo bastante elocuente es el de los plateros, batihojas y tiradores de oro y plata, que, además de la Inmaculada Concepción, tenían como patrono a san Eligio, pero también a san José y a san Felipe de Jesús, por aceptarse que éste había sido aprendiz de dicho oficio.¹¹

Pasemos rápida revista a los santos patronos de algunos gremios: los artífices que conformaban el gremio de los loceros y alfareros, veneraban a las santas Justa y Rufina (19 julio), en la parroquia de la santa Veracruz. Los carpinteros, ensambladores y demás artesanos que trabajaban la madera, honraban, como es fácil suponer, al señor san José y tuvieron asiento en la iglesia de San Francisco, luego en la del Espíritu Santo y, finalmente, en la de Santa Teresa la Nueva. Un gremio que formó tronco común con el anterior pero en 1706 terminó separándose, fue el de los carroceros, que también veneraban al célebre profeta Elías, quien fuera raptado por un carro de fuego, y al arcángel san Gabriel. Los sastres veneraban a san Homobono (13 de noviembre), santo prácticamente desconocido. Los guanteros tuvieron a san Nicolás Tolentino como patrono (1 de septiembre); los cereros veneraban a san Sebastián (20 enero) y a san Fabián; los veleros a san Blas (3 de febrero), mientras que los zapateros a los santos Crispín y Crispiano, en el templo de Santo Domingo.¹² Entre los santos titulares de profesiones están los santos médicos Cosme y Damián, patronos de los cirujanos, farmacéuticos y flebotomianos.

Ausencias notables, respecto a lo acostumbrado en el mundo europeo, son las de san Lucas y santa Cecilia, pues el primero no fue venerado aquí como patrono de los pintores, quienes por circunstancias específicas veneraron una imagen de la Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora

¹¹ Beatificado a principios del xvii, fue declarado patrono de la Ciudad de México y tuvo capilla propia en la Catedral de México, no obstante que fue canonizado hasta 1865.

¹² Carrera Stampa, Manuel, *Los gremios mexicanos*, México, 1954, pp. 87-95.

del Socorro; la segunda, no fue relacionada con los músicos.

En las fiestas de los santos titulares, cada gremio costeaba las ceremonias y diversión: la misa, el adorno y la cera; la procesión, el sermón y el novenario; el convite, los refrescos, los toros y la pólvora. No obstante la motivación religiosa, tales festividades tenían el efecto de estrechar las relaciones entre los artesanos del mismo oficio, pues a la par de las ceremonias religiosas con frecuencia se daban extensiones profanas mediante banquetes o comedias. Tales fiestas servían, además, para reafirmar el poder y solvencia de los gremios; con frecuencia suscitaban competencia entre ellos por la ostentación con que se armaban; los gremios pobres, claro está, quedaban en desventaja frente a los más ricos, pero eso no era impedimento para que, en su afán de quedar lo mejor posible, terminaran haciendo gastos excesivos.

Desde la víspera las imágenes de los santos titulares se adornaban con las joyas y ornamentos que cada cofradía poseía. El día de la fiesta se celebraba misa con toda solemnidad y se celebraba el sufragio por las almas de los cofrades difuntos. Se acostumbraba, asimismo, encargar a un buen orador el sermón, en el que se exaltaba la vida y virtudes del santo y en el que éste era reafirmado como modelo para los cofrades.

Además de la fiesta del santo patrono había otras festividades de carácter general (la Semana Santa, la procesión del Corpus, el Paseo del Pendón, juras y exequias de los monarcas, etcétera), a las que concurrían las cofradías gremiales para un mayor lucimiento. En ellas cada una sacaba a su santo patrono con sus insignias, banderas o estandartes.¹³

Dentro de la monotonía plástica en las representaciones de los numerosos santos, se encierran mensajes ya no siempre comprensibles en los tiempos modernos, por cuanto que cada uno de ellos hacía brillar una virtud o exaltaba un matiz peculiar de la misma: san Pablo es la acción y la fuerza; san Juan, apóstol y evangelista, es la imagen de la contemplación; san José encarna la humildad y la prudencia; las santas Inés, Catalina y Cecilia pregonan la virginidad, pero apelan a la candidez, la ciencia y la castidad matrimonial, respectivamente. Conviene retener, sin embargo, que los fieles no veían en tales representaciones frías abstracciones, sino gloriosas realidades que había que emular. Y en esa ejemplaridad que opera constantemente se encuentra la razón de ser de dichas imágenes.

Había modelos y abogados para todos y para todo. Ahí están san Pedro, llorando por su falta, y la Magdalena arrependida de sus pecados, para enaltecer el sacramento de la Penitencia. En ellos el mensaje era fácilmente inteligible para cualquiera: la grandeza de la expiación y la virtud milagrosa de las lágrimas. Santa Ana era invocada por las mujeres embarazadas; san Sebastián y san Roque estaban considerados como escudos protectores contra las epidemias; san Juan de Dios fue el santo de los enfermos abandonados;

¹³ *Ibidem*, pp. 95-107.

san Luis Gonzaga era el patrono de los jóvenes estudiantes; san Francisco Xavier era el modelo de la vida misionera; san Juan Nepomuceno cuidaba de la "buena fama" y era el modelo de los sacerdotes, etcétera.

Por unas pinturas anónimas realizadas hacia el primer tercio del siglo XVII, que se conservan en la capilla de La Soledad, en la Catedral metropolitana, sabemos que san Liborio era invocado por los que padecían "mal de la piedra" y que san Atenógenes era considerado "abogado de todas las necesidades", en especial las de "las viudas pobres". Y aunque es difícil precisar el alcance y aceptación que realmente tuvieron, al menos para el caso de san Liborio se deduce que fue algo circunstancial, como consecuencia del impulso que dio a su figura el papa Clemente IX (muerto en 1721), quien sufría precisamente de la vesícula e introdujo su conmemoración litúrgica (23 de julio). En este mismo sentido, pero a diferencia de lo que ocurría en el Viejo Mundo, no hay evidencias de que santa Apolonia haya sido invocada frecuentemente contra los dolores de muelas. Otro caso curioso es el de santa Cecilia quien, no obstante ser considerada patrona de los músicos, aquí no tuvo casi culto y en todo caso no parece haberse evocado en asociación a la música, como se desprende del hecho de que los músicos de la catedral tenían como titular de su hermandad a la Virgen de la Antigua.

Amén del fuerte impulso dado por los particulares, cabe recordar que también algunos santos extendieron su campo de influencia mediante el curioso expediente de las rifas o sorteos. Fue así que san Nicolás de Tolentino fue declarado patrono de la Ciudad de México contra los temblores, en 1611, y que santa Prisca resultó protectora de la iglesia parroquial de Taxco contra las tormentas.

El vaivén de ciertas devociones, frente a la estabilidad de otras, o el auge de ciertos santos en contraposición con la disminución de la fama de otros, es lo que quizá explique el que, por ejemplo, la figura de san Ildefonso, el célebre arzobispo de Toledo en el siglo VI, (a quien se dice que la Virgen obsequiara con una casulla como premio por la vigorosa defensa que había hecho de su pureza), contara con una presencia fuerte hasta mediados del siglo XVII, pero de ahí en adelante fuese más espaciada; o que santa Filomena y santa Eduwiges, que gozaron de tanta estima en el siglo pasado, ahora estén totalmente olvidadas. Del mismo modo, hoy en día casi no hay iglesia que no cuente con alguna imagen de san Martín de Porres o de san Judas Tadeo. A este último, quizá por lo difícil y caótico de la vida en los tiempos actuales, se le ha erigido como el abogado para las causas imposibles, tarea que hasta hace poco era asignada a santa Rita de Casia.

Podemos suponer, por otro lado, que la fortuita llegada a México de reliquias provocó una esporádica devoción a ciertos santos. Eso ocurrió, quizá, en los casos de san Aproniano y san Ponciano —santos que sabemos no gozaron de amplio culto ni en el mismo mundo europeo, pero cuyos martirios fueron admirablemente representados a principios del siglo

XVII, por Baltasar de Echave Orío, el gran pintor de origen vasco establecido en México desde 1580.

Hoy en día los usos han cambiado, pero en el México colonial aún subsistía la práctica de bautizar con el nombre del santo que se festejaba el día en que se había nacido, considerándoseles, justamente por ello, como santos protectores y modelos a seguir. Ciertamente que esto no se observaba siempre y que en muchas ocasiones la elección del nombre tenía que ver con otras razones, pero aun en esas variantes podemos encontrar que había preferencias claras, que a su vez reflejaban devociones extendidas. Entre las niñas, por ejemplo, era muy frecuente bautizarlas con los nombres de Ana y de Isabel, santas que gozaban entonces de mucha mayor estima que hoy. En el caso de los niños abandonados, era frecuente el ponerles el nombre de Nicolás, habida cuenta que éste era el santo patrono de los niños. Y es bastante revelador que a raíz de la canonización de santa Rosa de Lima, en 1671, muchas niñas empezaron a ser bautizadas con su nombre.

Con los recientes aires de renovación que soplaron en la Iglesia católica, muchos santos fueron suprimidos del calendario, como consecuencia de las graves dificultades históricas que presentaban.¹⁴ Asimismo, el que se decidiera centrar la fe de los creyentes en Cristo, no pudo menos que hacer decaer la devoción que tradicionalmente se profesaba a los santos.

Todo parece indicar que el hombre de hoy se preocupa más por esta vida que por la otra y que mira más al presente y al futuro que al pasado. Sin embargo, los santos siguen jugando un papel muy significativo en la sociedad actual y siguen teniendo una connotación muy popular. Así, por ejemplo, san Cristóbal quizá ya no sea invocado por los viajeros o turistas, pero aún es popular entre los automovilistas, sobre todo entre los choferes de las unidades del servicio público.

Pero en el periodo virreinal nadie dudaba ni de su existencia ni del papel que jugaban como mediadores entre Dios y el hombre. Era, sin duda, una religiosidad menos crítica y más sencilla pero, por lo mismo, más sentida. Muchos de los santos quizá han perdido su papel y significación ante los seres humanos de nuestros días; sin embargo, para los fieles de ese entonces eran valores necesarios e importantes para su vida y su fe. En ellos veían testimonios de virtud y entrega a su quehacer cotidiano, a personas que les daban lecciones de un evangelio llevado a la práctica y de una utopía hecha realidad. No eran vistos como virtudes abstractas, sino como ejemplos vivos, ideales encarnados.

Podemos concluir que la devoción a los santos en el periodo virreinal fue sumamente variada y compleja; a las ya de por sí numerosas festividades del calendario litúrgico que se sucedían por todo el año, se agregaban las ruidosas

¹⁴ Aunque oficialmente muchos santos quedaron fuera, dado el arraigo que tenían en la piedad popular, la Iglesia terminó por aceptar que la gente siguiera mostrándoles su devoción.



Baltasar de Echave Ibia. *San Diego de Alcalá*, primera mitad del siglo XVII, óleo/tela. Pinacoteca Virreinal de San Diego, México, D. F.

fiestas en honor de los titulares de las distintas poblaciones, parroquias, templos o barrios, así como las de los patronos de las diversas instituciones y corporaciones, y las numerosas de los particulares. A lo anterior todavía se venía a sumar el gran regocijo y solemnidad con que eran recibidas las noticias de beatificaciones o canonizaciones y el arribo de lotes de reliquias.

Pese a que en 1572 Pío V suprimió del Breviario romano el oficio de san Joaquín, padre de la Virgen, por ser figura extraída de textos apócrifos, su culto se mantuvo vivo, aunque siempre como pareja del de santa Ana. Esto puede ser prueba de la confianza inquebrantable que tenían las sucesivas generaciones en la bondad de los santos, en sus momentos de aflicción o de bienestar.

Cabe señalar que también sus fisonomías se amoldaron al nuevo medio. La tipología en general se hizo más amable; así, a excepción de contados ejemplos del siglo XVI en que aparece anciano, al señor san José siempre se le dio en la Nueva España un aspecto joven, con barba apuntada; en un caso al menos, eso sucedió también con san Francisco de Asís, a quien el sevillano Sebastián de Arteaga, que copiaba un modelo de Rubens, le suavizó sus facciones, no atreviéndose a respetar la gran fuerza y verdad con que el pintor flamenco lo había dotado, consciente de que no sería identificado como tal en el medio novohispano donde ya gozaba de una imagen reconocible.

Hoy en día se ve la historia de los santos con mayor rigor histórico y crítico, lo que explica que seamos más escépticos de los prodigios que se dice realizaban a cada paso muchos de ellos. Del mismo modo, ante los éxtasis y visiones en que muchos de ellos caían, podría parecernos que caben explicaciones relacionadas con las alucinaciones, los ayunos y la esquizofrenia; sin embargo, nuestro dictamen no tiene peso y nada importa cuando lo que interesa es dar cuenta, simplemente, de la sinceridad con la que se les veneraba entonces y la casi absoluta credibilidad ante lo que se predicaba de ellos en el periodo virreinal. Si desde la Edad Media eran los milagros la mayor prueba de la santidad, a partir del siglo XVI, y especialmente durante el XVII, el énfasis se puso en los éxtasis y las visitas celestiales con que se decía muchos de ellos habían sido favorecidos. No podemos juzgar, en este sentido, la espiritualidad de entonces con los criterios actuales. Claro que importa si las historias de santos constituyen relatos que tienen más de leyenda que de hechos ciertos, pero a final de cuentas debemos comprender que lo que interesaba en aquel tiempo era el valor edificante que se extraía de sus vidas y que producía, necesariamente, buenos efectos. Y más importante aún, nadie trataba de engañar a nadie, todos comulgaban con las mismas creencias.

Ocasionalmente frenado en las grandes ciudades de nuestro tiempo, el mundo de devoción a los santos que hemos heredado de la Nueva España, se refleja aún en la acumulación de fiestas en el calendario: hasta nuestros días han llegado las ruidosas celebraciones en ocasión de las fiestas de los santos patronos de poblaciones o barrios, actos que a veces tienen más de popular que de religioso.

La prohibición de actos de culto fuera de los templos, vino a cortar una de las expresiones más gustadas del México colonial: las procesiones. La enorme afluencia de participantes y espectadores, el paso de las andas con las imágenes, el acompañamiento de la música, los cohetes, los estandarres, etcétera, hacían de ellas una verdadera expansión de la fiesta, en la que se mezclaban todos los sectores y estratos de la sociedad.

La rivalidad que suscitaban estas procesiones entre las distintas cofradías y barrios o parroquias, se vivía entonces con gran intensidad. Esta piadosa competencia, aunque muy disminuida, ha llegado hasta nuestros días en las delegaciones de la periferia de nuestra gran ciudad, como Azcapotzalco, Iztapalapa, Xochimilco, Milpa Alta y Cuajimalpa.

Debemos convenir, finalmente, que el patronazgo ejercido por los santos durante el periodo virreinal dejó una huella profunda en la historia de nuestro país, la cual puede ser detectada tanto en la literatura (sermones, certámenes poéticos, etcétera), como en el arte plástico y arquitectónico; incluso en la geografía, pues el nombre de muchos santos ha quedado desde entonces en la designación de poblaciones, ríos, cerros, barrancas e islas. ♦